

“DESECHE TODOS SUS PREJUICIOS”

(Domingo 06 de junio de 2010)
(Número 370)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



LÍBRESE DE LA PESADA CARGA DE LOS PREJUICIOS

***“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad”
(1 Timoteo 5:21)***

Prejuicio, según el diccionario, es la postura que asumimos por lo general desfavorable con personas con quienes nos relacionamos y que muchas veces es producto de ciertos complejos derivados de nuestra naturaleza y la forma en que fuimos educados.

Sin embargo, el cristiano no debe dejarse llevar por sus prejuicios, sino debe luchar contra ellos hasta desterrarlos de su vida.

Nuestro Señor Jesucristo batalló con los numerosos prejuicios de sus discípulos. ÉL siempre tomó acciones precisas para ayudarlos a superarlos.

Hoy le invito a hacer un recorrido por el pasaje conocido como Jesús y la mujer samaritana que localizamos en Juan 4:1-42.

Aquí encontramos algunas malas actitudes de los seres humanos impulsadas por sus prejuicios. Pero también veremos que nuestro amado Maestro supo salvar todas esas barreras humanas y salió más que victorioso en su principal encomienda, la de cumplir la Voluntad de su Padre. Como ÉL mismo lo dijo: “... ***Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra***” (Juan 4:34).

1. El prejuicio de la competencia. (Juan 4:1-3).

Dice nuestro pasaje que comenzó a correr un chisme entre los fariseos que Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan.

Dicho rumor era alimentado por el mal entendido espíritu de competitividad que hay entre los seres humanos por naturaleza.

Lamentablemente, los cristianos no estamos exentos de padecer este mismo síndrome. Pareciera que hay una competencia entre las iglesias y más, entre las denominaciones, para ver quien gana más discípulos para Cristo.

Es un gravísimo error que algunas iglesias miden la eficacia en su ministerio por el número de sus congregaciones. Actualmente el parámetro de la espiritualidad es la cantidad de miembros.

Hoy, se dice que si la iglesia “fulana” tiene tres mil miembros, es porque es una iglesia exitosa. ¡No es así!

El islamismo ha superado al cristianismo en número de fieles, ¿Es ese incremento evidencia de que están en la verdad? ¡Claro que no! El crecimiento real de una iglesia no está en la cantidad sino en la calidad de vida espiritual de sus miembros.

Es cierto que somos encomendados a ir y hacer discípulos, pero nunca debe hacerse esto por competencia, para “presumir” que nosotros hemos ganado más adeptos, para que se diga que somos los mejores y la mera cuerda de los cristianos.

Será mejor que escuchemos lo que Dios nos dice en su Palabra: **“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3).**

No por ser muchos quiere decir que somos la mejor iglesia.

Además, Dios también dice que: **“Pero de los más de ellos no se agradó Dios...” (1 Corintios 10:5).**

¿Recuerda usted cuántos formaban al principio el ejército de Gedeón para enfrentar a los madianitas? Eran treinta y dos mil, pero el Señor desechó a treinta y un mil setecientos de tal manera que sólo quedaron trescientos varones (Jueces 7:1-7). Con esos pocos, Dios cumplió su propósito.

Nuestro Precioso Salvador puso remedio al azuce de los fariseos con sus comentarios ponzoñosos retirándose de ese lugar.

Así nosotros, alejémonos de todo intento de nutrir una equívoca forma de competencia entre iglesias y entre cristianos.

2. El prejuicio de la superioridad. (Juan 4:4-9).

Dice el versículo nueve: **“... Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí”.**

¿Por qué? Según los historiadores, los judíos tenían varias razones para odiar a los samaritanos, entre las principales: (1) Que eran del reino del norte, de Israel, el cual siempre estuvo en guerra con el reino del sur, el de Judá. (2) Cuando los judíos exiliados en Babilonia regresaron para reconstruir Jerusalén, los samaritanos se aliaron con los enemigos para estorbarles en la reedificación. (3) La causa primordial es que los samaritanos no fueron celosos en guardar la pureza de la raza y se mezclaron con extranjeros, lo cual para los judíos era una aberración. Sea como fuere, los judíos se creían superiores a los samaritanos.

Tristemente, algunos cristianos también se creen superiores.

¿Se ha preguntado por qué algunos creyentes dejan de saludar y de hablar a otros? Porque tienen el complejo de superioridad, o ¿Debiera decir de inferioridad?

Causa dolor ver como algunos “cristianos” les sacan la vuelta a algunos hermanos tan sólo para no tener que saludarlos.

¿Será esa la voluntad de nuestro Dios? ¿Será esta forma de ser la mejor evidencia del cristianismo? ¿Será ésta la manera efectiva de cumplir el **“amarás a tu prójimo como a ti mismo”**?

El que según nosotros el hermano “fulano” no llena nuestra regla o no cumple con nuestra vestidura o no califica en nuestro sistema de valores, no nos da derecho de dejar de hablarle y de saludarle como nuestro Señor nos ha ordenado.

Si así lo hacemos, es que nos creemos superiores a él, más santos, más espirituales, más cristianos, pero lo cierto es que reflejamos una pobreza espiritual digna de conmiseración.

Si usted deja de hablar a un hermano está cayendo en el mismo error que los israelitas: **“que dicen: Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú; éstos son humo en mi furor, fuego que arde todo el día” (Isaías 65:5)**. ¿Se fijó usted? Personas así se hacen acreedoras a la ira del Señor.

Mejor deseché todos esos prejuicios y extiéndame sinceramente su diestra en señal de compañerismo (Gálatas 2:9). La Biblia dice: **“Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos a los otros con ósculo santo” (1 Corintios 16:20)**.

Jesús hizo pedazos el prejuicio de superioridad y hasta asombró a la mujer samaritana cuando con toda humildad le pidió agua.

3. El prejuicio del pecado. (Juan 4:10-18).

Evidentemente, la samaritana era una mujer pecadora.

Algunos cristianos también se dejan llevar por el prejuicio del pecado y desestiman a quien ha caído en alguna falta.

Hoy, la reacción más común es señalar, criticar, acusar, juzgar y condenar a quien consideramos un pecador imperdonable.

¿Por qué lo hacemos? ¡No hemos aprendido así de nuestro Señor!

Jesús nos ha enseñado y ejemplificado que ÉL aborrece el pecado pero ama al pecador. ¿Por qué aún no lo entendemos?

Ninguno de nosotros tiene la facultad de juzgar a los demás. Si así lo hacemos somos semejantes a aquellos fariseos que acusaban a la mujer sorprendida en adulterio que nos narra Juan 8:1-11 y a quienes el Señor enfrió los ánimos con una simple escritura en la tierra y con una frase llena de sabiduría: **“...el que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7)**.

Ese pasaje revela que los que acusan, casi siempre son culpables de aquello que delatan y quizá, en un grado mucho mayor.

(1) Quienes juzgan y condenan a menudo desechan la enseñanza de Jesús. (2) Quienes juzgan y condenan a menudo son personas sin misericordia. (3) Quienes juzgan y condenan a menudo aparentan ser muy religiosos. (4) Quienes juzgan y condenan a menudo tienen motivos ocultos. (5) Quienes juzgan y condenan a menudo tienen pecados ocultos.

Nuestro amantísimo Maestro no tomó en cuenta el prejuicio del pecado y se acercó y salvó a aquella samaritana pecadora. Así, de la misma manera hagamos nosotros.

4. El prejuicio de la religión. (Juan 4:19-24).

¡Oh! ¡Cuánto daño ha causado la religión! Ha llevado a países a la guerra. Ha provocado crisis internas en las naciones. Ha acabado con familias enteras. Ha destruido las relaciones interpersonales.

En nuestro pasaje, la mujer samaritana pone en relieve la manera diferente de pensar entre samaritanos y judíos en el asunto de la adoración. Por un lado, unos decían que en ese monte se debía adorar. Los otros por su parte, aseguraban que sólo en Jerusalén.

Lo cierto es que, como cristianos también nos vemos afectados por cuestiones de la religión en nuestras relaciones humanas.

Por causa de “nuestra fe” dejamos de hablarle a los parientes, ya no les visitamos ni les frecuentamos como antes. Nos escudamos en aquel pasaje que dice: **“y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mateo 10:36)**.

Es verdad que debemos estar prestos para defender nuestra fe y estar listos para responder a quien demande razón de la misma.

Pero eso no quiere decir que debemos romper toda relación con los familiares, los vecinos, los amigos, los compañeros de trabajo o de estudio. Creo que estamos mal si así lo hacemos.

Pienso que debemos poner por encima de la religión la amistad y el amor por las almas perdidas. Tal vez, si entramos en discusión con alguien por algún aspecto de doctrina, ganemos la contienda, pero perdemos esa alma. No vale la pena el precio a pagar.

Nuestro cometido es testificar del amor de Dios y de la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo. Sólo eso, testificar, si las personas escuchan y reciben el mensaje ¡Gloria a Dios! Pero si no escuchan y quieren ser contenciosos, mejor abandonar la pelea y no perder, por ningún motivo la amistad y dejar la puerta abierta para otra oportunidad de hablar del plan salvador de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo hizo añicos las diferencias en religión, las diferencias entre denominaciones, las diferencias entre credos y confesiones de fe, cuando dijo que los verdaderos adoradores son los que adoran al Padre en espíritu y en verdad.

Usted no enarbole la bandera del celo denominacional y por ello, pierda el compañerismo, la amistad y la cercanía con personas que, quizá más adelante, al ver su testimonio, entreguen su vida al Único y Suficiente Salvador Jesucristo.

Recuerde, lo nuestro es testificar, no la apología.

5. El prejuicio del género. (Juan 4:25-27).

Los discípulos se maravillaron que Jesús hablara con una mujer.

Parece anticuado, pero aún hay hombres que tienen problemas de género. Les causa mucha dificultad aceptar a la mujer como igual en capacidades físicas, intelectuales, emocionales, etc.

Cualquier hijo de vecino, ejerce violencia contra la mujer tan sólo porque no puede sufrir que ella le gane en ciertas cuestiones.

Usted como cristiano no tenga esos complejos. Mejor vea lo que dice la Palabra de Dios: ***“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).***

En el matrimonio, lo que la mujer necesita es un hombre que la mantenga, que la proteja, que la cuide, que la haga sentir cómoda y segura, que la ame y la respete. ¡No un “macho panza”!

6. El prejuicio del temor. (Juan 4:28-30).

Dice el pasaje que la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y sin ningún temor testificó a los hombres de aquella ciudad.

¿Recuerda cómo se llamaba esa ciudad? Puede consultarlo en el versículo cinco. ¡Exacto! Aquella ciudad se llamaba Sicar. Por lo que aquellos hombres eran “sicarios”.

Sin embargo, ella les habló con todo denuedo y valor.

Creo que ella nos da un buen ejemplo a seguir especialmente a los que vivimos en esta ciudad donde abundan los “sicarios”.

Desechemos el prejuicio del temor y no dejemos de cumplir el ministerio que nos ha sido dado por nuestro Señor y Salvador.

7. El prejuicio del egoísmo. (Juan 4:31-38).

Hay cristianos que son muy egoístas. Se han adueñado de Cristo, de su Palabra, de la verdad, de la doctrina, etc. y llegan a pensar que todo eso es de ellos y de nadie más. Los bautistas dejaron de trabajar en el CeReSo Municipal tan sólo porque llegaron otros grupos de cristianos y después las almas ganadas no iban a ser para nuestras iglesias.

Nuestro Señor arremete contra el prejuicio del egoísmo y lo acaba cuando dice que ante ÉL es igual tanto el que siembra como el que siega; y que ambos deben gozarse cada uno en su obra.

Lo nuestro es compartir. No retener como nuestro algo que no lo es. Me causa risa ver que hay cristianos que hasta se adueñan de la banca que ocupan en el templo, y si alguien, por desgracia, se llega a sentar allí, hasta lo miran feo.

Despojémonos de todos esos prejuicios, actitudes o complejos.

8. El prejuicio racial. (Juan 4:39-42).

Dice el pasaje que nuestro Señor Jesucristo se quedó, a petición de los samaritanos, dos días con ellos.

ÉL echó por la borda todo prejuicio racial. Lo suyo era ganarlos para el reino de los cielos y lo hizo.

Nosotros también tengamos cuidado con todos los prejuicios.

¿Cuántas cosas aún nos faltan por corregir? ¡Hagámoslo para la Gloria de nuestro Dios!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL: “EL CAMPEÓN DE LOS PREJUICIOS”

Adolfo Hitler, nacido el 20 de abril de 1889 y muerto el 30 de abril de 1945, era muy conocido por sus prejuicios.

Consideraba racialmente «inferiores» o «subhumanos» a judíos, gitanos, homosexuales, esclavos, discapacitados físicos, enfermos mentales, etc. por lo que fue exterminándolos en forma masiva y sistemática. Las estimaciones del número de personas que perdieron la vida por estos prejuicios raciales según la mayoría de los historiadores serían aproximadamente 11 ó 12 millones de los cuales la mitad corresponderían a judíos en el Holocausto.